

COMENTARIOS

CONSIDERACIONES

Trágico fin

La sociedad del pueblo español atraviesa momentos decisivos. Siglos y siglos han transcurrido sin que sufra las hondas transformaciones que han experimentado las sociedades de otros pueblos. Se ha deslizado inmóvil, sintiendo en su seno, alguna que otra vez, pequeñas alteraciones, pero jamás llegó a sufrir cambios radicales en su forma ni en su fondo. Hoy el camino de su marcha, el cauce por el cual navega, se ha cerrado. Súbitamente la sociedad española se ha encontrado cerrada su camino. Ha tropezado con una fuerte obstrucción que le hace imposible continuar su marcha, tal como hasta aquí.

Naturalmente habrá de continuar, la sociedad es vida y la vida del pueblo, no puede terminar; pero, indudablemente, en forma muy distinta a la que hoy tiene. Es decir, que habrá de transformarse...

¿Y por qué este cambio, esta transformación de la sociedad española? ¿Acaso por lo que en ella está ocurriendo o acaba de ocurrir? ¿Es quizá por este hecho — hecho sangriento pero en su historia ya registrado?

No. El hecho sangriento de hoy, que tiene de luto y lleno de pena al pueblo español, es consecuencia de esa estructuración — en estos tiempos increíbles — de nuestra sociedad; es consecuencia de las normas políticas, económicas, jurídicas, etc., por las cuales se ha desdoblado. El hecho sangriento de hoy, en parte, es consecuencia de ello... Ahora bien, como es necesario evitar a toda costa hechos análogos y su origen radica fundamentalmente en la actual estructuración social, forzadamente ha de ser de ésta renovada, transformada.

Las «clases» sociales españolas no viven al unísono de los tiempos actuales. Una diferencia grandísima las separa en todos los órdenes. Son factores, en su parte de un todo y divergen entre sí, exageradamente. No pueden, por tanto, realizar un fin común, que sería el de progreso, bienestar y engrandecimiento de España.

Tratemos de explicar el origen de esta diferencia. No será difícil. Hagamos, para ello, un poco de historia. Mejor dicho, recordemos la historia. Fácilmente veremos que, a través del proceso histórico de nuestro pueblo, muchos han sido los momentos en que a causa de la enorme desigualdad social, la lucha continúa entre los extremos opuestos de la sociedad se ha puesto de manifiesto. Revoluciones, huelgas sangrientas, han entebrecido de vez en cuando el suelo español, y han demostrado la existencia de la rivalidad entre esos extremos de la sociedad. No es preciso citar hechos concretos; son demasiado conocidos.

A medida que el tiempo ha transcurrido son de más envergadura, principalmente en lo que va de siglo. En este apartamiento de las clases sociales, la lucha entre ellas se ha ido haciendo más patente. Existe odio, un odio tenaz... Pero nunca el odio y la rivalidad llegó a alcanzar puntos tan elevados como los de hoy, por que siempre hubo alguna transigencia por parte de las clases privilegiadas.

Aunque soberbias siempre, no se obsesaron, no se lanzaron — generalmente hablando — llevadas sólo por la pasión.

Conforme aumentaban, crecían, se ensanchaban las clases populares, la aristocracia cedía privilegios y otorgaba derechos al pueblo, aunque en grado ínfimo, naturalmente...

El pueblo ha crecido, el pueblo se ha multiplicado. Las necesidades son cada día más grandes. Y las clases adineradas no se dan cuenta, no quieren darse cuenta de que el hambre ha comenzado a dejarse sentir... No sólo no tienen en cuenta la precaria situación del pueblo, sino que hasta el régimen que este mismo se ha dado les molesta — porque naturalmente les resta privilegios y se lanzan a la derrochación de éste.

Para ello no han reparado en nada, no han meditado nada. No han pensado siquiera que el pueblo, todo el pueblo, hambriento e impaciente, ha de estar al lado de ese régimen y ha de defenderlo con su sangre.

En nada se han fijado los «grandes». Tan soberbios como adinerados, sólo han visto que la República ha de acabar con la vida de privilegios que desde tiempos medievales viene disfrutando.

La grandeza estaba amenazada. ¡Ah!, pero estaban celosos, dispuestos a defenderla... Y en efecto, han hecho cuanto han podido por defenderla.

Comenzaron por la difamación, la calumnia, la obstrucción, las huelgas — por ellos provocadas — armas con que acometían a la nascente República, y redoblaban sus ataques mientras que hablaban de orden, de paz, de familia, de convivencia, de patria... a la par que exportaban sus capitales al extranjero, paralizaban trabajos, desatataban las leyes, provocaban conflictos, preparaban crímenes — que ejecutaban seres degenerados a sueldo — y obstaculizaban la labor de las Cortes. Y lo que es más abominable aún: tramaban el golpe de Estado más execrable que registra la Historia... Acto que, como todos sabemos, está produciendo la devastación, la miseria y la muerte y llevando el luto y la pena a miles de hogares... Acto trágico, acto horrible, pero que será el origen de la desaparición de esa clase social privilegiada, cuyo fin ha de ser — lo ha empezado a ser ya — más trágico aún.

GABRIEL ESCOBAR

No consentiremos que al socaire de amistades y componendas se vuelvan a enrolar en la Diputación y Ayuntamiento, ni uno solo funcionarios fascistas enemigos del Régimen.

Estamos dispuestos a no permitir, por todos los medios a nuestro alcance, ni un solo caso de infiltración.

Esperamos que no nos veremos obligados a dar nombres y señales de cada uno de estos arribistas.

Cosas del negocio uvero

Nuevos rumbos

Por ser la producción uvera la fuente de ingresos más importante de nuestra provincia y depender — en proporción muy considerable — de pequeños propietarios, mejor dicho, de trabajadores, hombres que apenas obtienen de su trabajo en las parras, al final de la campaña, un reducido jornal, no obstante permanecer durante todo el año trabajando día por día y de sol a sol, nos vamos a ocupar en estas páginas de ADELANTE, de todo aquello que se relaciona con el negocio uvero. Nos vamos a ocupar r, desde luego, pero siempre que sea para beneficiar o defender los intereses de los pequeños parraleros, esa clase trabajadora que, desde tiempos lejanos, viene sufriendo los embates de los grandes traficantes del negocio uvero, parásitos de la producción.

El autor de estas líneas — «El Duende del Andarax» — se pone en contacto nuevamente con sus lectores parraleros por medio de este diario, iniciando en él su colaboración, donde irá publicando trabajos informativos y comentarios.

Salud, parraleros, compañeros de profesión. Desde ahora se inicia para la administración de nuestros intereses o lectivos una nueva era. Nuevas horizontes se abren a ella.

Se ha destituido la Directiva de la Cámara. Ha quedado en la calle, por obra y gracia del Comité Central de esta Capital. La determinación es justa. No otra cosa esperábamos los parraleros. Y nos ha producido, claro está, gran satisfacción. Hemos visto desaparecer una Directiva, que parecía iba a ser eterna, formada por arribistas, políticos fracasados, margoneadores de uniforme... enemigos — todos — declarados del régimen.

La noticia ha sido acogida en los pueblos uveros con la satisfacción consiguiente. Y con no menos satisfacción y entusiasmo, la nueva Junta nombrada. Esta la integran hombres expertos, capacitados, competentes para hacer una labor justa, fructífera y humana.

La C. O. U., venida a un terreno deplorable, de injusticias y arbitrariedades, ha sido en un momento puesta a flote.

De esto se congratula hoy el elemento parralero, pues de haber seguido la Cámara en manos de la herda fascista en que se hallaba hasta aquí, ella de por sí, hubie a acabado con los parraleros.

EL DUENDE DEL ANDARAX

Antonio Román Pérez
ALPARGATERIA
PLAZA SAN SEBASTIAN

Siluetas del instante

Caciques a la deriva

Este colchón bajo el que se ha encontrado a uno de los caciques de España — nos referimos a Melquiades Alvarez — se merece un homenaje. Es todo un símbolo, un signo de los tiempos nuevos. ¡no resultase exagerado, dirían os, con frase milinesca, que ese colchón es un alba anunciadora de un día esplendoroso, de una época sin caciques. Bajo su lana, creyendo que ella le ocultaría, se cobijó uno de los hombres más funestos de España. Pero la lana se rebeló. En su superficie empezó a acusar la figura del escondido. Aquí se dibujaba el bulbo de la cabeza, allí el de un hombro, más allá el de otro miembro cualquiera... El colchón no quería ser tapadera de caciques.

¡Los caciques! Estaban extendidos por toda España, colocados en todos los puntos estratégicos. La tenían vigilantemente sitiado, lo a netrallaban un día y otro día. No había pueblo, aldea, lugarejo, por insignificante que fuese, que no tuviese sus caciques o caciquillos. En los Ayuntamientos y en los Juzgados; en los centros de enseñanza y administrativos; en toda clase de oficinas; en las instituciones benéficas y hasta en las malélicas... en todas partes, en fin, estaban estos hombres que eran dueños de todo de pan y del agua, del sol y del aire... Uno iba por la calle descuidado, silbando alegremente una cancioncilla, y a lo mejor tropezaba con un cacique como el que tropieza con un adoquín. Se metía uno en una casa, alegre y confiado, y le salía al paso un perrozo de presa con aspecto exterior humano. Se sentaba uno en un banco, en un paseo público, y un agudo picotazo le hacía levantarse, dolorido; era un cacique. Surgían de todos sitios, brotaban de todos lados. A veces, sentados a la mesa, notábamos un raro saborcillo en la boca. Era que en la sopa había caído un cacique... Pero seguía vivo el condenado. Vivito y coleando...

Esto, el ser invulnerables, el resistir todos los ataques, era principalmente, lo que distinguía a nuestros caciques. España quiso exterminarlos en varias ocasiones, pero todo fue inútil. Ni catilinarias encendidas, ni violentos artículos de periódico, ni leyes ni decretos más o menos bien intencionados... En balde todo. Se les amenazó con energía, se procedió con ellos de varios modos... Yo creo que hasta llegaron a usarse los polvos insecticidas... Pero los caciques revivían, despertaban, más bien, tozanos y pimpantes, dispuestos a seguir su asedio y su labor. Fue en vano que el pueblo se rebelase el año 17, que viniese la Dictadura, que se proclamase la República el 31, que se recuperase en febrero del 36... Salían siempre indemnes, conservaban sus puestos privilegiados. Formaban una pirámide inmensa, un conjunto de las diversas categorías. Consecuencia: siempre había un cacique mayor que protegiese a otro menor. Yo creo, además, que eran de goma. Saltaban y rebotaban, cayendo siempre de pie. Tenían, aparentemente, una sola figura humana, pero, en realidad, eran varias las que poseían. Se les rompía la cara de una bofetada, se les hundía el vientre de un puñetazo, y en seguida sacaban una nueva cara y un vientre más grande que el anterior. De barrigas, sobre todo, tenían un surtido lo inabarcable. Puede afirmarse que no eran más que eso: barrigas. Tan grandes, tan enormes, que en el interior de ellas podía darse una corrida de toros monumental.

Actualmente los caciques navegan a la deriva. Se ha necesitado una guerra civil como jamás la ha padecido España, para que, al fin, les venga la contraria. Cientos de ellos ocupan ya las cárceles, a las que iban antes los que se atrevían a resistirles. Claro que aun quedan sueltos muchos, sobre todo los que, indebidamente, sin que sus actos respondiesen a sus palabras, llevaron siempre la etiqueta de liberales o republicanos. Por eso la detención de don Melquiades es un síntoma alentador. Y ese colchón que se ha negado a cobijarle, es un colchón que se merece, sin ninguna duda, el más cálido de los homenajes.

PEREGRINO ANDANTE

El Proletariado en apretado haz grita al mundo
¡¡ El fascismo no pasará!!!...
España no es Alemania ni Italia... ¡¡ España es España!!!...

EL OBSERVATORIO

Vinos de todas clases, ricas y variadas tapas
Francisco Martín Lorenzo
QUEMADERO

Lea usted ¡ADELANTE!